

PUEBLO

EL DESAMOR

19-11-1982

Le llamo desamor por no llamarle divorcio. La palabra divorcio está gastada por el uso. Hablar de divorcio es abundar en ese tópico manido: el divorcio. Es mejor llamarle desamor. He hablado mucho sobre el tema con mi amiga Amparo. Mi amiga Amparo, la enamorada, la que no admitirá nunca el desamor. En cambio, la hija de Amparo se ha casado en la cárcel con un joven drogadicto que apenas tiene esperanza de salir de las dos prisiones: la droga y los hierros de la cárcel. A los seis o siete meses de casada, la hija de Amparo se quiere divorciar. Es una liberada —palabra ya muy decadente en la España de nuestros días—. Se ha dado cuenta de su desamor demasiado pronto. Y como en la España de hoy —no ya la del cambio: dejemos esa también tópica palabra, que suena a la ingeniosa frase del ilustre don Jacinto Benavente; esa frase que dice: «lonja de contratación o casa de cambio», y hablemos de una vez de la España democrática sin florituras—, pues sí, parece ser que se nos va a permitir todo, como si creyéramos que la libertad nos la da el Estado, y no está en nosotros mismos. Es decir, somos cada uno de nosotros los que tenemos que liberarnos en nuestro interior, en la voz de nuestra conciencia, en nuestra responsabilidad moral, porque desde Platón a Maimónides, o desde San Agustín a Unamuno, se nos afirma que es el interior del hombre donde habita la verdad y la liberación. A mayor entendimiento de la verdad, mayor liberación.

La hija de la Amparo se divorcia porque está desengañada del drogadicto —con quien hizo el amor una sola noche—; se divorcia porque no quiere ser esclava y porque en esta España en

que vive ni sus amigos ni familiares se van a asombrar de su decisión, y... a jugar con la vida humana, que cada uno es libre de hacer con su cuerpo lo que quiera.

AMPARO y yo hemos hablado mucho de amor y de desamor. Hemos recordado a Ortega y Gasset; los profundos conceptos de Ortega sobre el amor. Creo recordar que para Ortega el amor no se apaga nunca y, además, incita a una lucha constante entre los amantes; amantes que no acaban nunca de conocerse. A más lucha sobre lo desconocido, más amor. Así es que viejecitos en el mundo que no terminan nunca de desenamorarse: son héroes muy por encima de la juventud liberada de nuestra España. ¿Liberada? ¿Pero hay alguien en este mundo que se libere de algo? Decía Pio Baroja que el ser humano es siempre esclavo del dinero, de la política, de la carne, del amor... Y pensando en liberación sobre el desamor no ya de la juventud de nuestros días, sino de las personas cincuentonas, que ven su modernidad o su liberación en el divorcio, he recordado a esos viejecitos suecos o norteamericanos que viven en soledad desde que casi nacieron y se engañaron al elegir el amor, o, tal vez, el amor no les llegó nunca. Viejecitos que viven al consuelo de su perro, de su gato o de su televisor. Viejecitos que, en un tiempo, fueron liberados como lo son o intentan ser la juventud de nuestra España democrática, no ya la pasota, sino la que centra el futuro y la libertad en su independencia sexual y amorosa. ¿Habrà algún ser libre en esta independencia sexual o amorosa? ¿No llegarán al mayor descalabro, o a la mayor derrota, o a la mayor frustración hu-

mana, hasta convertirse en los viejecitos del apartamento, con el perro, el gato y el televisor?

Y es que creo que el amor es uno de los mayores privilegios del hombre. Quien no sabe enamorarse, convertir el amor en una hermosa amistad, es un ser muerto. Muerta me parece que está casi toda la juventud liberada de nuestros días. ¿A dónde llegará esta juventud? ¿Quiénes serán los culpables de esta muerte en vida? ¿Qué España fue la culpable? Qué pena de esta desorientación juvenil española, que a la cola de los suecos o de los americanos quieren ser ahora libres sin intentar querer comprender el concepto de democracia, ni de libertad, ni de amor. Todo lo desprecian desconociéndolo. ¿Cómo ocurre esto en un país que quiere civilizarse? ¿Quiénes han orientado hacia estos desconciertos? Al civismo del ciudadano, ¿quién lo mentaliza hacia la verdad histórica y moral de las raíces del ser humano?

POBRE hija de Amparo: descasándose en desamor. Otra vez tendrá que ir a la cárcel y, entre los tristes barrotes donde tantos pusieron las manos y derramaron lágrimas, ella pondrá las suyas: sus palabras quedarán en el vacío. Pobre hija de Amparo, ¿a dónde irá ahora? Esta joven que, quizá, iba camino de ser madre, ¿a dónde irán su hijo en el vientre y ella? Nada: alegría. ¡La hija de la Amparo está liberada! Qué pobre futuro el de esta juventud española. ¿Habrà alguien que lo arregle?

José MARTIN RECUERDA